

Manual del Caballero Rosacruz

Aldo Lavagnini - Magister

011

"I. N. R. I"

Esa experiencia y ese esfuerzo en las profundidades de uno mismo, discerniendo y separando lo esencial y real de lo no esencial e irreal, y reconociendo y estableciendo el dominio del primero, son precisamente los que nos llevan a conocer y realizar la mística palabra de este grado.

El Infierno o Judea, es el dominio natural del instinto y de la pasión (quod inferius): ese reino inferior, que corresponde al vientre en el cuerpo del hombre, ha de ser reconocido y ordenado de manera que cese su función tamásica (la de oscurecer la conciencia y la inteligencia en sus manifestaciones), e igualmente sea superada la rajásica (el estado de inquietud que las divide y mantiene en sujeción), manifestando un estado sátvico, o sea, de ritmo y armonía, en el que únicamente puede conocerse la Verdad y afirmarse el reino de lo Real.

Nazaret, o sea, el estudio de la naturaleza, es el lugar por donde hay que pasar al salir del infierno judaico. Ese país (que se identifica ordinariamente con el pequeño pueblo e'Nnazir) está en Galilea, el círculo, país o lugar de las gentes (Galíl he'Ggoím), fuera y por encima de la Judea, de que es la puerta septentrional. Aquí se reconoce la génesis de los procesos instintivos de la naturaleza, y por lo tanto, se aprende cómo dominarlos y dirigirlos de una manera inteligente y racional, cesando de ser un estorbo y un obstáculo al progreso individual, y permaneciendo como sólida fundación (Jerusalén, la fortaleza de la paz) que descansa sobre la Armonía del ritmo de la Vida Divina y permite su siempre mayor elevación.

En otras palabras, mientras el primer país indica la parte o región dominada por la subconsciencia, que es lugar de origen de toda forma de vida y de inteligencia racional y superior, en el segundo tenemos el dominio de la personalidad consciente (o de las gentes), la luz o fuego (Nur), que llega a dominar las aguas (Yammín) de la vida y de la generación natural, las que en las místicas bodas de Canaán, han de ser convertidas, por medio de aquel elemento, en el vino de la regeneración espiritual. De aquella naturaleza o cualidad especialmente rajásica de esta región, así como tamásico es el

carácter dominante de la primera Su correspondencia en el cuerpo es la región torácica, asiento del corazón y de los pulmones.

Rafael, la Compasión Divina que, como inspiración luciferina (el impulso a comer del fruto del Árbol de la Ciencia d Bien y del Mal), crea en el hombre la Razón, es quien nos guía en ese camino, por cuyo ejercicio establecemos un dominio inteligente sobre toda la manifestación inferior: a la que finalmente llegamos a regir o gobernar, de acuerdo con el ritmo armonía, que sustituye al estado rajásico y lo domina, como éste tamásico. Es ruah o el aire, el Aliento o Soplo de la Divina Inteligencia, el espíritu que llega a ser el Paráclito confortador, y del cuerpo es resh, la cabeza, el asiento del ritmo creativo y de las posibilidades superiores del hombre.

Geográficamente es la Siria o Damasco (que tienen en árabe el mismo nombre Shamu o shem), o sea, el nombre verdadero del nombre (namas o shem, el Nous platónico), y el nombre de Dios en el hombre (yo soy), al que la Oración Dominical nos dice de santificar. Estamos, pues, en el mismo lugar simbólico-geográfico en el que más de una vez hubo de retirarse Jesús, para buscar confortad e inspiración, y en que luego San Pablo, y más tarde el fundador alegórico de la Fraternidad de la Rosa y de la Cruz **-establecida sobre el sentimiento de la fraternidad y fundamental identidad entre el Espíritu Padre y la Materia Madre de la manifestación universal-** recibieron su iniciación, conociendo al Cristo verdadero.

De esta manera aprendemos a dominar y dirigir nuestro impulsos, nuestra actividad instintiva y subconsciente, por medio de la razón y de la inteligencia, que afirman gradualmente, un grado siempre mayor, su poder y capacidad de regir aquél (según el grado de discernimiento que desarrollan). Este último, su vez, manifiesta la inspiración del súper-consciente, la intuición de la Realidad hipersensible, creciendo desde la primera vislumbre de la fe, en la esperanza que la establece, y en el amor que la manifiesta.

El campo de la intuición, que así se abre para nosotros, por encima del intelecto y de la razón, manifiesta la Divina Sabiduría (la Sophía gnóstica, como aspecto de la Madre Divina) en una forma súper-consciente, análoga y muy semejante al instinto, que es la expresión subconsciente de esa misma Sabiduría. Ahora, según en nosotros se despierta esa intuición y nos pone en estado de armonía con el Orden Divino, estableciendo su dominio sátvico sobre la razón, nos reconocemos de la tribu de Judá, o sea, de los elegidos en que obra esa facultad.

Simbólicamente la "tribu de Judá" comprende estos dos aspectos aparentemente opuestos de la región extra consciente de la mente: el instinto subconsciente y la intuición súper-consciente, el primero de los cuales nos revela nuestra naturaleza, y origen animal, y la segunda nuestra naturaleza y origen divino. Los dos expresan, en dos planes distintos la misma Sabiduría Suprema, y son partícipes de su omnisciencia, como grados de la escalera que nos hace crecer, elevándonos a la dignidad de hombres, para luego hacernos superar ese nivel, manifestando la gracia y sabiduría del Verbo Divino que trascienden la razón.

El mismo Cristo **-nuestra conciencia de la Verdad-** tiene que nacer, en un principio, en la obscuridad de la gruta de Belén (Bet Lehem, "la casa del pan"), en la Judea simbólica del dominio infernal de los instintos, para luego crecer en la luz de Galilea (el círculo o región de la conciencia), en donde, sin embargo, no se le reconoce su calidad profética de un porvenir trascendente o súper-humano. A pesar de esto, aquí encuentra sus primeros discípulos, o sea, las facultades que han de expresarle, iluminándose al contacto de esa luz superior, y predicando a la muchedumbre de los pensamientos, que es preciso guiar y disciplinar antes de volver nuevamente en el dominio de los instintos y errores subconscientes (Samaría y Judea).

JESÚS NAZARENAS RED IUDETORUM

Jesús (en hebreo Yeshu'a "él salva") es, místicamente, la conciencia de la Divina Realidad en nosotros **-precisamente según el significado que también indica la palabra de pase de este grado-** que, habiendo nacido por obra del Espíritu Santo, en el alma que haya logrado un estado de pureza sárvica, llega a ser nuestro propio Salvador individual del error y del mal en todos sus aspectos.

Las palabras Jesús mihi omnia, que se leen, según el relato simbólico, de la Fama, sobre el altar de C.·. R.·. C.·., lejos de constituir la profesión de fe en el sentido de la ortodoxia exotérica, expresan en realidad este místico nacimiento en el sentido de la Vida interna del Espíritu que, como inspiración súper-consciente, llena completamente, rige y domina el campo rajásico de la conciencia personal, y el tamásico de la subconsciencia instintiva y de la vida natural, elevándolos y transmutándolos en perfecta armonía, de acuerdo con su propia naturaleza vibratoria.

Ese Salvador es nazareno, igualmente por su primera aparición en la región de la conciencia intelectual (la Galilea), como la luz espiritual que la ilumina ("El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz: los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos", Isaías, 9 y Mateo, 4), liberándola del yugo de la ley, por medio del evangelio de la Verdad, y por ese hecho, consagrado y dedicado como príncipe de la región consciente, para ser luego rey en Jerusalén, o sea, en el dominio de la subconsciencia.

Habiendo reunido en torno suyo las diferentes facultades del alma (los apóstoles), y logrado por medio de su predicación (la afirmación de la Verdad Espiritual Eterna en el dominio temporal de la conciencia vigílica), hacer muchos discípulos en los pensamientos que la reflejan, echando los demonios de los errores y falsas creencias atávicas **-que, sin embargo, antes de desaparecer, se refugian naturalmente en los puercos, o sea, los instintos y regiones inferiores de la subconsciencia-** preciso es ir a Jerusalén, en donde únicamente puede completarse la Gran Obra de Redención, que es la regeneración individual.

Como los demonios, en Samaría y Galilea, aquí también el pueblo de Jerusalén -la muchedumbre de los instintos y pasiones animales- le reconoce como rey e hijo de David, aclamándole a su entrada sobre la jumenta simbólica de la humanidad que siempre acompaña el completo dominio de uno mismo. Sin embargo, los temores y pasiones humanas, no pueden ver con agrado el descenso y la aparición de ese nuevo Rey, que amenaza por su presencia acabar con su dominio hasta entonces incontestado y se congregan secretamente, con el objeto de buscar la manera más apropiada para perderle, dirigiendo en su contra aquel mismo pueblo que había le acogido triunfalmente.

Los príncipes de los sacerdotes, que explotan al pueblo sacrificando la Verdad (los animales puros y sin mancha) al error (la falsa interpretación de la Ley Divina) le llevan delante de Pilatos (que personifica el escepticismo), el cual no entiende su testimonio de la Verdad y su Reino trascendente, y le hace conducir a Herodes (el temor), cuyo dominio se extiende sobre todo entre los errores de la región consciente. Este considera como locura la Divina Verdad, y le devuelve a Pilatos, que después de haberle inútilmente flagelado, acaba por escuchar la voz del pueblo de la subconsciencia, que pide su sacrificio. Empieza entonces la vía crucis, que hace manifiesta la pasión geométrica de la Piedra, que los constructores ortodoxos han desechado, y que sin embargo, ha

de ser el fundamento (Yesod, o sea, la perfección del triple ternario) del Nuevo Reino (Malkut, la década).